

BV 43

CG

V. 2



FONDO EMETARIO
VALVERDE Y TELLEZ

132866

DOMINGO II.

DESPUES DE LA EPIPHANIA.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS ROMANOS.
cap. 12. v. 4. 16.

Hermanos: De la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, mas todos los miembros no tienen una misma operacion: así muchos somos un solo cuerpo en Christo, y cada uno miembro los unos de los otros. Mas tenemos dones diferentes segun la gracia, que nos ha sido dada; ya sea profecía segun la proporcion de la fé, ó ministerio en administrar, ó el que enseña en doctrina; el que amonesta en exhortar, el que reparte en sencillez, el que preside en sollicitud, el que hace misericordia en alegría. El amor sea sin fingimiento. Aborreciendo lo malo, aplicándoos á lo bueno: amándoos recíprocamente con amor fraternal: adelantándoos para honraros los unos á los otros: en hacer bien

A 2

008529

Domingo II.

nada perezosos: fervorosos de espíritu: sirviendo al Señor: en la esperanza gozosos: en la tribulación sufridos: en la oración perseverantes: socorriendo las necesidades de los Santos: exercitando la hospitalidad. Bendecid á vuestros perseguidores: bendecidlos, y no los maldigais. Gozaos con los que os gozan: llorad con los que lloran: sintiendo entre vosotros una misma cosa: no blasonando de cosas altas, sino acomodándoos á las humildes.

INSTRUCCION.

¿Necesitais, hermanos míos, verdades prácticas? Pues hoy nos ofrece la Iglesia en la Epístola de este día las reglas que deben dirigir nuestra conducta respecto del próximo. El Apóstol San Pablo las describe con toda la exâctitud posible para que vengán al alcance de todos, y previene quantas dificultades y pretextos pueden oponerse á la caridad fraterna. No

despues de la Epiphania. 5

solo quiere estrechar los vínculos que deben unir á los Christianos entre sí, sino tambien enseñarles á que se amen de un modo que sea conforme á los designios de Dios. Solo me embaraza una cosa en la explicacion de esta Epístola, y es la multitud de objetos que contiene: por lo qual sin detenerme en reflexiones, me contentaré con exponerla sencillamente guardando el orden de las palabras; pero no por esto dexará de ser ménos útil esta instruccion. No, hermanos míos: estad ciertos que la palabra del hombre no ha debilitado la palabra de Dios; y por tanto escuchadme con la docilidad y el respeto que exigen verdades tan interesantes.

Ya expuse en la Epístola del Domingo anterior la comparacion que hace el Apóstol San Pablo para representarnos la union fraterna. Describe pues la asamblea de los fieles, la Iglesia de Jesu-Christo, á la manera de un cuerpo, del qual es un miembro cada Christiano, y desea que haya en él la misma union, la misma armonía y conformidad que corresponde á un cuerpo natural bien organizado; pero

hoy saca de esta figura una consecuencia que conduce mucho á la misma verdad: en un solo cuerpo, dice, tenemos muchos miembros, pero todos ellos no tienen iguales funciones. Imaginaos, hermanos míos, la confusión y desórden que reynaria en vosotros, si cada miembro quisiese hacer la misma operacion que el otro, ó moverse todos á un tiempo: de aquí resultaria la destruccion de esta estructura admirable que el soberano Hacedor ha construido con tanta inteligencia, y dispuesto con tan bello órden. Esta confusión reyna algunas veces en el seno de la Iglesia, quando alguno de sus miembros se descuida de sus obligaciones, ó se inxiere á desempeñar las que estan confiadas á otros. Encuentro este desórden en la conducta de un padre, ó de una madre, que por una devocion indiscreta y mal dirigida consagran á las obras de piedad, ó á las de la caridad, los instantes y los medios que deben destinar á sus familias: este desórden reyna en casi todos los estados, en donde por un espíritu de malignidad ó de crítica, vemos á los christianos muy atentos y solícitos en

instruirse de las obligaciones de los otros, y que viven muy descuidados de las suyas propias: este desórden penetra hasta en el mismo Santuario, y se insinua en los tribunales de justicia, de manera que es muy difícil encontrar un miembro en el cuerpo místico de la Iglesia que cumpla únicamente la función que Dios le ha confiado. Debemos tener presente que Jesu-Christo es la cabeza de este cuerpo; que por él somos sus miembros los unos y los otros; y que debemos repetir sin cesar aquellas palabras suyas, á saber: que nuestro alimento, nuestra satisfaccion y nuestra gloria consiste en cumplir la voluntad de nuestro Padre, que está en los Cielos, desempeñando cada uno en nuestro estado la obligacion que nos ha impuesto para la utilidad, el alivio y la edificacion de nuestros hermanos. ¡Qué hermosa seria la Iglesia de Jesu-Christo si reynase esta conformidad entre los fieles que la componen! ¡Qué dulce consuelo á lo ménos para un Párroco si encontrase en los fieles que estan confiados á su direccion la buena disposicion de mantener entre sí la armonia y la paz! Entónces no habria

en esta sociedad edificante escándalo ni division alguna. Pero esta union tan perfecta no se ha hecho para esta vida, hermanos mios; y toda nuestra atencion y cuidado debe ser el acercarnos á ella quanto nos sea posible, segun el consejo del Apóstol. Para este fin tenemos dones diferentes, segun la gracia que se nos ha dado, y debemos hacerlos valer, segun las miras y designios de Dios. El Apóstol queriendo instruirnos completamente, refiere entre ellos los que tienen por objeto la salvacion del próximo: como son: el don de profecía, el exercicio del ministerio santo, la obligacion de la enseñanza, el talento de la exhortacion, el poder de hacer limosnas, y el cargo de dirigir las almas, y á cada una de estas funciones la distingue con caracteres y reglas ciertamente útiles para los que tienen el empleo de ejercerlas, y para los fieles mismos. Yo no trataré aqui, hermanos mios, de aquellas que pertenecen á los Ministros del Altar, porque mi objeto esencial no es el de instruirlos; y así diré que el Apóstol entre las que miran directamente á la salud y provecho del

próximo, comprehende la de socorrer al pobre con abundantes limosnas; de donde podrán inferir los ricos quan honrosa es la obligacion que se les confia. Qué consuelo en efecto para un Christiano decirse á sí mismo en esta vida presente haciendo limosnas: Jesu-Christo me asocia á su ministerio; yo soy como él Sacerdote por el sacrificio que puedo hacer voluntariamente de una parte de mis bienes: soy Predicador por el buen exemplo que puedo dar á los ricos crueles é inhumanos: estoy encargado de la direccion de las almas, pues que mis limosnas pueden contener á los pobres que se hallan dispuestos á escarriarse, y reunir y traer á los que viven separados de los senderos de la vida; pero para cumplir todas estas funciones con utilidad, es indispensable que mi corazon desaprobe esa interior complacencia de las buenas obras que sabe inspirar el amor propio, y que exerza este ministerio con la simplicidad que corresponde, á fin de que todas mis obras se hagan sin disfraz y disimulo.

Notad bien, hermanos mios, estas últimas palabras del Apóstol, y refle-

xionad que este es el escollo mas peligroso y ordinario de la piedad christiana. Si : el orgullo se mezcla en aquellas obras mas útiles y santas , y él es el que produce la hipocresía y la disimulacion. Algunas veces empezamos hacer bien , estimulados de un sentimiento de religion , y nos sentimos animados por una disposicion de beneficencia y generosidad que Dios ha puesto en nuestros corazones. Llegan estas obras á divulgarse , se las alaba y admira ; y de aquí nace un nuevo esfuerzo para continuarlas. Pero no teniendo bastante vigilancia para separar de ellas los motivos que las hacen agradables á Dios , de aquellos que pueden robarle la gloria , nos acostumbramos á practicarlas primero para agradar á los demas , y despues para complacernos á nosotros mismos ; damos mas preferencia á las que son mas públicas , y nos disgustamos enteramente de las que tienen mas solidez , pero ménos brillo. De aquí resulta que muchas veces las hacemos con cierta repugnancia interior , únicamente para sostener la buena reputacion que hemos adquirido de piedad y de caridad , y nos

constituimos segun la expresion de la Escritura unos mismos con los hipócritas , y somos acreedores á la misma recompensa.

¿ Quereis , hermanos míos , evitar este escollo ? Pues no olvidéis esta máxima establecida por el Profeta , y adoptada hoy por el Apóstol San Pablo : aborreciendo lo malo , aplicándoos á lo bueno : procurad que este doble principio sea el que os dirija en todas vuestras acciones ; y ántes de empezarlas indagad de vosotros mismos si serán de la aprobacion de la Justicia Divina , y exâminad escrupulosamente , si se resienten del fondo de corrupcion de donde traéis el origen.

El Apóstol despues de esto vuelve otra vez á la caridad fraterna , que es el objeto principal de su Epístola , y nos dice : Amándoos recíprocamente con amor fraternal , adelantándoos para honraros los unos á los otros. En estas palabras condena una multitud de acciones que se permiten los christianos sin escrúpulo , y que sin embargo merecen una muy singular atencion de su parte. No solamente pretende evitar con testimonios recíprocos de

honor las inectivas picantes, las injurias groseras, las reprehensiones y cargos llenos de aspereza y crueldad, y las imputaciones odiosas, que arraygan la cólera ó el resentimiento para retribuir mal por mal; sino tambien otros desórdenes opuestos al honor que nos debemos recíprocamente, y que se hallan muy introducidos en las sociedades christianas. Hablo de esos chistes y sales picantes de que se usa para mortificar á ciertas personas: de esa familiaridad demasiado festiva que tenemos con aquellos que son superiores á nosotros en estado y dignidad: de ese afectado desprecio de nuestros iguales por la estupidez y simplicidad que se les supone: de ese ayre de desden y altanería, por el qual damos á entender que nos avergonzamos de tratar y comunicarnos con los inferiores; y en fin de otras mil disposiciones que nos hacen cometer faltas repetidas contra el próximo, y de tal naturaleza que de ningun modo las toleraríamos si se nos quisiesen echar en cara.

Notad, hermanos míos, que quando el Apóstol nos obliga á prevenirnos

recíprocamente con testimonios de honor, no impone este precepto á los hijos, y á los demas que viven en dependencia, sino á todos los Christianos, porque todos nos debemos mutuos respetos. La elevacion de condicion, de estado y de empleo, no nos dispensa de acercarnos á nuestros hermanos con humildad y caridad: Dios ha puesto en todos los hombres alguna cosa que los hace respetables á nuestros ojos. Los grandes son las imágenes de el poder de Dios, y los pequeños lo son de la humildad de Jesu-Christo; y así todos tenemos fundamentos para los testimonios recíprocos que pide el Apóstol. ¿Pero qual debe ser la regla, ó por mejor decir, el modelo de la caridad fraterna? El amor que nos debemos á nosotros mismos es quien debe dirigirnos; y así despues de habernos explicado San Pablo las obligaciones del Christiano con relacion á su próximo, le designa las suyas propias: En hacer bien nada perezosos, nos dice: y en estas palabras nos impone la obligacion del trabajo diario. La misericordia de Jesu-Christo reparando el pecado, y elevándonos á un

orden de vocacion á que no tenemos derecho alguno, no nos ha dispensado de la sentencia pronunciada contra nuestro primer Padre. El Apóstol San Pablo nos acuerda repetidamente esta verdad en sus Epístolas, hasta decirnos que el que no trabaje no coma. Un christiano debe pues ser laborioso, y desempeñar con paciencia las obligaciones penosas de su estado; y si la Providencia le ha colmado de bienes, y le ha puesto en términos de no tener que trabajar para comer, debe imponerse un trabajo habitual, ya en ejercicios de piedad, ya en obras de misericordia, y ya en el cuidado y diligencia de sus propios negocios, para que de esta manera tenga siempre motivos que le recuerden su condicion actual, y el triste destino que le estaba reservado sin Jesu-Christo. ¿Pero qué diferente es el trabajo del christiano al de aquel que solo trabaja por adquirir y conservar los bienes de este mundo? Este jamas se vuelve á Dios, y no tiene otro fin que el de enriquecerse y vanagloriarse; pero aquel acompaña siempre el trabajo con la oracion, y le dirige al servicio y á la honra

de Dios. El christiano que se conduce de esta manera, encuentra recursos en estos mismos motivos, y consuelos en los diferentes estados de la vida. Si se encuentra conturbado á la vista de sus pecados, y teme los juicios de Dios, le tranquiliza esta disposicion: Dios es misericordioso, se dice á sí mismo, conoce mis intenciones, y por tanto no pienso en otra cosa que en servirle é inclinarle á mi favor. Este pensamiento le comunica la confianza, y ésta le mantiene en una santa alegría.

Si este christiano experimenta adversidades continuas, sabe que no tendrán éstas mas que un tiempo, y que con ellas ha de adquirir una gloria inestimable.

Si este christiano se ve agitado con tentaciones, y que el comun enemigo quiere turbar la paz que le dá la buena conciencia; el deseo de conservarla, le impele á pedir con instancias el socorro de su protector, y sus necesidades le hacen fervoroso en la oracion.

Si este christiano llega á conocer á uno de sus semejantes en la indigencia, se atormenta él mismo de que un

miembro del cuerpo místico de la Iglesia, del qual es tambien una parte, se halle sumergido en la opresion y en los trabajos: entónces procura instruirse de su necesidad, y la socorre segun los medios que debe á la Providencia.

¡ Ah! Qué distante está el Christiano de quien hablo, de la piedad esquiva y desdenosa de esas personas que piensan haber satisfecho al precepto de la limosna, cercenando una pequeña parte de sus bienes para que otros la repartan sin tomar el menor interes en indagar la naturaleza del mal que padece aquel pobre á quien se socorre en su nombre. El perfecto Christiano, de quien habla San Pablo, no dexará de informarse, y de visitar por sí mismo á todos los que tienen necesidad de su socorro: sabrá tolerar la repugnancia que pudiera causarle su estado, y su género de vida para visitar á los pobres en sus casas miserables, y tal vez asquerosas; y hará en muchas ocasiones de la suya propia el hospital de algunas de estas victimas de la indigencia: en fin, este Christiano será todo para todos, y al exemplo de Jesu-Christo y del Apóstol su discípulo,

estará alegre con los alegres, y llorará con los que lloren: la caridad arreglará todas sus acciones, la humildad todos sus pensamientos, la paciencia santificará sus males, la perseverancia le asegurará en los caminos de la salvacion, y la gloria eterna coronará sus obras. Así sea.

EVANGELIO DE SAN JUAN
cap. 2. v. I. II.

Y de allí á tres dias se celebraron unas bodas en Caná de Galilea: y estaba allí la Madre de Jesus. Y fué tambien convidado Jesus, y sus Discípulos á las bodas. Y llegando á faltar vino, la Madre de Jesus le dice: No tienen vino. Y Jesus le dixo: muger, qué nos va á mí y á tí: aun no es llegada mi hora. Dixo la Madre de él á los que servian: Haced quanto él os dixere. Y habia allí seis hydrias de piedra conforme á la purificacion de los Judíos, y cabian en cada una dos ó tres cántaros. Y Jesus les dixo: llenad las hydrias de agua. Y las

llenáron hasta arriba. Y Jesus les dixo: Sacad ahora, y llevad al Maestresala. Y le lleváron. Y luego que gustó el Maestresala el agua hecha vino, y no sabia de dónde era, aunque los que servian lo sabian porque habian sacado el agua: llamó al Esposo, el Maestresala, y le dixo: Todo hombre sirvo primero el buen vino: y despues que han bebido bien, entonces da el que no es tan bueno: mas tu guardaste el buen vino hasta ahora. Este fué el primer milagro, que hizo Jesus en Caná de Galilea: y manifestó su gloria, y creyeron en él sus Discípulos.

INSTRUCCION.

Jesu-Christo empieza hoy á manifestarse, hermanos míos. Ya no es un Niño cercado de debilidad y enfermedades, sino el Dios que manda á la naturaleza, y á quien obedecen los elementos; ya no es ese hombre obscuro y separado de todo trato y co-

municacion, que participaba con un Artesano de la baxeza y las fatigas de su estado; sino que es el Emmanuel, es decir, el Dios que participa con nosotros de todas las miserias de la naturaleza humana, sin dexar de participar con su Padre del poder y de las perfecciones de la naturaleza divina. Todavía era Niño quando teniéndole en sus brazos el Santo viejo Simeon le decia á su Madre, éste será grande, pero su grandeza y su poder no le harán inaccesible; digno por su naturaleza de los respetos del Universo entero, quiere que los homenages y adoraciones de su Pueblo se deban mas á su mansedumbre que á su autoridad. Mas grande por su misericordia, que lo parecerá por su poder, nos viene á asegurar con sus beneficios la posesion y el reyno de los corazones, porque debe ser para muchos en Israel un objeto de consuelo, de salud, y de vida.

Ha venido ya el tiempo, hermanos míos, de verificar las promesas, y de que se trasluzca algun rasgo de su poder; pero notad el prodigio por donde empieza á manifestarse. Mas zeloso

del título de amigo y de consolador, que de el de dominador de las naciones, se manifiesta sensible á las menores solitudes y cuidados; y ocurriendo á la inquietud de los dos esposos de nuestro Evangelio, nos anuncia que no ha venido sino para cargarse de nuestras perplexidades y flaquezas. Vamos hoy á hablar del primer milagro que hizo, y en las diferentes circunstancias que le acompañaron, encontraremos lecciones muy importantes: prestadme vuestra atención, y pedid á Dios sus auxilios.

Si Jesu-Christo no nos hubiera enseñado á santificar entre las acciones de la vida aquella que á los ojos del mundo parece ménos propia para honrarle, y mas capaz de producir el espíritu de disipacion; hubieramos podido imaginar que hay muchas en las quales no toma parte alguna, que le son enteramente indiferentes, y que no contribuyen de ningun modo á su gloria; pero asistiendo á las bodas que nos refiere el Evangelio, no solo es testigo de una union que ha de elevar despues á razon de Sacramento, sino que no se desdena de participar con

los dos esposos de la alegría de su alianza, asistiendo á la comida con que la celebran. Permitidme que con este motivo haga una reflexion muy útil á todos los Christianos. Os oigo muchas veces hablar y murmurar de la repugnancia que manifiestan las personas timoratas para asistir á esos convites y juntas tumultuosas y disipadas, con que regularmente se celebran vuestros casamientos; y quando queremos hablar contra la disipacion criminal que reyna en ellos, contra los excesos que se cometen, y contra los lazos que se ponen á la inocencia y al pudor, queis cerrarnos la boca oponiéndonos el exemplo de Jesu-Christo; pero sabed que precisamente es este exemplo el que os condena, y que esas personas de quienes murmurais, no dexarian de asistir á vuestros convites si estuviesen seguros de que Jesu-Christo era llamado á ellos con sus Discipulos; si él fuese el modelo de los dos esposos, y si reynase la modestia, el pudor, la inocencia de las costumbres y el temor santo de Dios. Convidad pues, Christianos á Jesu-Christo á vuestras bodas; no dexéis de darle parte de

un paso tan interesante, hacedle testigo de las promesas mutuas que os hacéis á los pies de los altares, y suplicadle que sea el protector de este enlace. ¿Pero teneis esta conducta? ¿No miráis por el contrario el día de vuestro casamiento como la época de vuestros pesares, y el principio de una esclavitud dura y penosa? ¡Ah, Christianos! no imputeis á un Sacramento de que habla el Apóstol con tanto respeto, lo que no es efecto sino de vuestros caprichos é indiscreción. Subid al origen, y preguntaos por qué una union que hace á tantos felices, y que la estableció el Criador para el consuelo y alivio mutuo del hombre y la muger, es el principio de la mala vida que teneis, y que esperais desde aquel momento. Vuestro mismo corazón os responderá que la causa verdadera de este estado infeliz es el desprecio que habeis hecho de Jesu-Christo. Si quereis por tanto evitar estos males, y santificaros mutuamente, no dexeis de convidar á este Divino Señor, y no deis un paso en esta materia que no sea muy conforme al espíritu de la Religion. El Evangelio del día nos pre-

senta esta verdad baxo una figura muy sensible por estas palabras. Llegando á faltar el vino, la Madre de Jesus le dice: no tienen vino.

¿Quién será el Christiano, hermanos míos, que viendo el interes que toma hoy María por los dos Esposos, no se penetre del amor mas tierno, y de la confianza mas perfecta en esta dulce Madre? Ella pide fundada en el derecho que le da su maternidad divina para pedirlo todo en el órden de la salvacion, y por tanto no podemos dudar de conseguirlo.

Aunque segun la letra del Evangelio, este vino que falta á los dos Esposos sea una cosa material y sensible, los Padres de la Iglesia nos lo representan como el símbolo de la caridad; y en este sentido ¿quántos hay en su seno que experimentan la misma escasez, y que por consequencia necesitan que María haga por ellos la misma suplica: no tienen vino? No consideremos ya, hermanos míos, sino nuestra necesidad. La Iglesia nuestra Madre afligida de los desórdenes que reynan entre sus hijos, renueva tambien á Jesu-Christo las mismas pala-

bras: no tienen vino. No penseis que este Divino Maestro se manifieste insensible á sus oraciones quando le habla de necesidades tan verdaderas. Si alguna vez, por su alta sabiduría, difiere por un tiempo las gracias que solicita, no por esto dexa de ser su esposo, y nuestro hermano, ni se disminuyen la terneza y las disposiciones de su corazón. Pero veamos cuál es la respuesta que en esta ocasion da á María: ¿Muger, qué nos va á mí y á tí? aun no es llegada mi hora.

¿Es posible que responda de esta manera el mas dócil de los hijos de los hombres, aquel que segun el testimonio que da de sí mismo, no ha venido para mandar, sino para obedecer; no para abolir la ley, sino para observarla en todas sus partes? Miétras que el Universo entero bendice el vientre que le ha llevado, y los pechos que le han dado el alimento, ¿será él solo quien desconozca estos beneficios? ¿Jesu-Christo habrá extinguido acaso en su corazón los sentimientos de ternura que debe inspirar la naturaleza? Pues, ¿por qué para nombrar á María no se sirve del título de Madre? ¿Ig-

nora por ventura las relaciones que median? La sangre de María, dice San Ambrosio, se ha hecho la sangre de Jesu-Christo, formándose de ella esa carne adorable que debe un dia inmolarse por todos los pecadores; pero hay sin duda algunos instantes en que las leyes de la naturaleza, y los derechos de la sangre dexan de subsistir entre una Madre y un Hijo; y por lo tanto no debemos extrañar que Jesu-Christo responda de esta manera. Sin embargo debemos saber que todas las acciones de su vida no se nos proponen para nuestra imitacion, y que con semejantes palabras no ha querido autorizar esas respuestas asperas y altaneras, que atraen sobre los hijos la justa maldicion de los padres. Hay en Jesu-Christo una naturaleza mas excelente que la nuestra, y que lo autoriza para hablar con dominio, y para escoger el tiempo en que ha de oír, y ha de obrar; y baxo este supuesto debe causarnos su respuesta la mayor admiracion y respeto. Pero ¿por qué nos hemos de tomar la libertad de censurarla quando María misma no se queja? ella sabe que es la Madre de su

Dios, y que segun este título puede pedir con confianza; pero tampoco olvida que es la sierva del Señor, y no se avergüenza de verse confundida con el resto de las mugeres: ella sabe que no hay criatura humana que haya contrahido con Jesu-Christo una union mas estrecha; que le traxo en su vientre nueve meses, y que estuvo en su compañía mas de treinta años; pero no puede olvidar que como Dios es ántes del mismo tiempo, que su ser y su vida le viene de su gracia, y que si su Maternidad Divina la estrecha y une con su Dios, la nada y la baxeza de su origen ponen entre los dos una inmensa desproporcion: en una palabra, ella sabe de la boca misma de su Hijo que puede pedirle y suplicarle sin cesar; y que si Dios en algunas ocasiones se rinde á las primeras súplicas, necesita en lo general que le rueguen con vivas instancias; pero tampoco ignora que la gracia tiene sus tiempos, y que no conviene á la criatura señalar al Señor los momentos en que debe oír, y que sobre todo es preciso someterse con resignacion quando no ha llegado su hora. María

comprende bien estas verdades, y aunque hubiera podido imitar esas almas tibias, que quando ruegan acusan al Señor de su lentitud en oirlas, mientras que son ellas mismas las que carecen de fervor, no lo hace de esta manera, sino que volviéndose á los criados les dice: haced quanto él os dixere. Esta, hermanos míos, es la única leccion que nos da Maria en todo el santo Evangelio; pero ella, además de ser muy proporcionada á la debilidad de nuestras almas, contiene el compendio de todas nuestras obligaciones para con Jesu-Christo: ¡Qué grande y admirable es la caridad de esta tierna Madre! Enseñándonos, que lo que no puede conseguirse con las oraciones, se alcanza algunas veces con la perseverancia en las obras; nos hace ver que, aunque la oracion por sí sea de muy gran peso, hay sin embargo Christianos que oran con frecuencia y con fervor, que consagran toda la vida á los ejercicios de piedad y de religion, y que no consiguen ninguno de los objetos de sus súplicas, no por la ineficacia de ellas, sino por la inutilidad de sus obras. ¿Quereis, her-

manos mios, que el Señor os oygá, pues observad sus preceptos, y conseguireis vuestros deseos. No se necesitan otras pruebas de esta verdad, que la que nos suministra el Evangelio de este dia en la conducta de Jesu-Christo. Habia seis hydrias de piedra que servian para las freqüentes purificaciones que acostumbraban hacer los Judios ántes y despues de sus comidas, y Jesu-Christo manda que se llenen de agua, y las llenáron hasta arriba; y Jesus les dixo: sacad ahora, y llevad al Maestresala: y en el mismo instante muda de naturaleza, de gusto y de virtud esta agua, y se convierte en un licor capaz de satisfacer la necesidad y el gusto de los esposos y los convidados.

¿Admirais, hermanos mios esta mudanza? Pues mucho mas debeis admirar la que todos los dias hace el Señor en vuestros corazones por los ruegos y la oracion de la Iglesia. Yo comparo el corazon del pecador, como dixe al principio de esta instruccion, á esos vasos de piedra que nada contienen á los ojos de Dios sino insipidez y fealdad. ¿Y qué otra compara-

cion puede hacerse mejor con la dureza, la insensibilidad, la inutilidad, y la frivolidad de las obras que producen tales corazones? Juntaos, pues Christianos con la Iglesia, y dirigid al Señor con ella vuestras súplicas; pedidle que ablande la dureza de vuestros corazones, y que substituya á vuestras tibiezas el vino precioso de su amor.

El Evangelista sigue dándonos razon de este suceso, y dice: y luego que gustó el Maestresala el agua hecha vino, y no sabia de donde era, aunque los que servian lo sabian, porque habian sacado el agua, llamó al esposo el Maestresala, y le dixo: todo hombre sirve primero el buen vino, y despues que han bebido bien, entonces da el que no es tan bueno; mas tú guardaste el buen vino hasta ahora.

Trasmitiéndonos el Espíritu Santo esta reflexión del Maestresala, ha querido darnos una leccion muy importante. ¿Sabeis quienes son en la vida espiritual los que presentan el peor vino despues de haber servido el mejor? Pues son primeramente esos pecadores, que tocados de un arrepentimien-

to pasagero de sus culpas, emprenden al parecer los medios mas sabios para repararlas: los principios de su conversion son admirables: las precauciones que toman, las resoluciones y los escrúpulos que afectan, persuaden que estan vivamente penetrados de dolor; pero bien pronto se disgustan del rigor de la penitencia, y vienen á quedarse en la indolencia, y en la inaccion misma que tenian.

En segundo lugar lo son esas almas inconstantes en la piedad, que deslumbradas al principio con el resplandor de la virtud, se proponen llegar á su mas alto grado; pero insensiblemente degenera su fervor, y vienen á caer en la tibieza. Jesu-Christo hablando de estos Christianos, que por desgracia son en muy gran número, se explica de esta manera: Aquel, que despues de haber tomado el arado vuelve á mirar atras, no es para el reyno de Dios. Cuidado, hermanos mios, que no dexeis el camino de la salvacion, y acordaos que aquel que no procura adelantar sus buenas obras, está muy cerca de caer otra vez.

El Evangelio acaba la narracion de

este primer prodigio con las palabras siguientes: Este fué el primer milagro que Jesus hizo en Caná de Galiléa, y sus discípulos creyeron en él. ¿Pero por qué éste tiene el primer lugar entre todos los milagros de Jesu-Christo? ¿No habia en Israel mayores males, necesidades mas urgentes que las de estas bodas? Sin embargo, como no habia otro que nos representase con mas energía las inquietudes que padecemos en los bienes temporales, nos quiere Jesu-Christo enseñar que una simple peticion sobre esta materia basta para interesar á todo un Dios, que conoce mucho mejor que nosotros las necesidades, y que las da el valor que merecen, echando su bendicion sobre nuestras casas y campos.

Pobres de Jesu-Christo, á vosotros dirijo principalmente esta reflexion, seguro de que ha de ser de mucha consuelo, por poca que sea vuestra fé. Acordaos del consejo que da el Profeta despues de haber hecho por sí mismo la experiencia mas feliz: Derrama en el seno de Dios todos tus cuidados. Si el Señor os entrega á la mendicidad, sabed que la causa no es otra

que el olvido de sus preceptos y de su amor: los males del Justo no serán eternos.

En efecto, Señor, ¿qué puede temer un Christiano conducido por vuestra admirable Providencia? ¿Podrá el justo que pone en vos solo su confianza experimentar verdaderas necesidades quando tanto cuidado tenéis de la subsistencia hasta de los mas pequeños insectos? No es la escasez de los bienes de este mundo la que nos asusta y excita nuestras lágrimas: la pérdida de vuestra gracia es la que solamente ¡ó Dios mio! merece nuestros sentimientos: sin ella somos verdaderos pobres, y por tanto os pedimos hoy que no nos abandoneis. Las mudanzas mas maravillosas las haceis con sola una palabra: decidla, Señor, en favor nuestro, y haced que mudados una vez nuestros corazones gusten y publiquen tantos beneficios en el tiempo, y canten vuestras misericordias por toda una eternidad. Así sea.

DOMINGO III.

DESPUES DE LA EPIPHANIA.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS ROMANOS.
cap. 12. v. 16. 21.

Hermanos: No seais sabios en vuestra opinion: no pagando á nadie mal por mal: procurando bienes, no solo delante de Dios, sino tambien delante de todos los hombres. Si ser puede, quanto esté de vuestra parte, teniendo paz con todos los hombres: no defendiéndoois á vosotros mismos, muy amados, mas dad lugar á la ira: porque escrito está: á mí me pertenece la venganza: yo pagaré, dice el Señor. Por tanto si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer: si tiene sed, dale de beber: porque si esto hicieres, carbones encendidos amontonaras sobre su cabeza. No te dexes vencer de lo malo: mas vence el mal con el bien.